

Gonzalo Drago

El bote embrujado (1)

(cuento)



DESTROZADO por un certero hachazo en mitad de la quilla que miraba al cielo profundamente añil, soñando lejanías, en actitud de inútil esfuerzo por erguirse, estaba el bote maldito en las playas de Pichilemu. Una pequeña ancla de cuatro puntas permanecía atada a la proa por una cuerda leprosa, sepultada a trechos en la arena, y uno de los remos, pulido por el roce, parecía querer escaparse de la fosa que el mar cavara para ellos. Y en los costados y en la quilla aun podían verse los pequeños moluscos y la minúscula vegetación marítima que cubre de un verde y viscoso tapiz el casco

(1) Gonzalo Drago, autor de cuentos y novelas, figura entre los jóvenes autores que más se destacan en esa promoción literaria, donde hay nombres como los de Oscar Castro, Nicomedes Guzmán, Raúl González Labbé, Reinaldo Lomboy, Andrés Sabella y otros que ya constituyen una espléndida realidad en la literatura chilena. Drago ha publicado tres volúmenes: «Cobre», cuentos en 1941, «Flauta de Caña», poemas en 1943 y «Una casa junto al río» en 1946, en la colección «La Honda», que edita Cultura.

de las embarcaciones. Y en la proximidad de la proa, desteñado por el tiempo, por los rudos manotazos de las olas agrias, por el sol despiadado y por las lluvias tenaces, podía leerse un nombre de mujer, escrito en grandes letras rojas: «Anita».

La historia del bote maldito me la contó Julián Reyes, un viejo pescador de Playa Hermosa, entre prolongadas pausas, mientras remendaba sus redes para hacerse a la mar. Era un viejo robusto, de rostro cetrino, de grandes ojos mansos que buscaban los del interlocutor con una oculta angustia de no ser escuchado o comprendido, dueño de poderosas manos de crustáceo que manejaban los remos con desafiadora audacia en los días de temporal.

—Sí, patrón—me confirmó Julián. Este es el «Bote Embrujado». Y la historia es un poco larga, pero si usted no anda precisado, se la puedo contar aunque no me la crea.

Sus manos bastas tenían delicadeza de cirujano o de padre compasivo para remendar las redes destrozadas. Y así, mientras trabajaba, levantando a ratos la vista para cerciorarse que lo escuchaba y constatar el efecto que me producía su relato, me contó la historia del «Bote Embrujado».

En la vecina laguna de Cahuil, tembloroso espejo de aguas frente a la inmaculada visión de las salinas, vivía el viejo pescador Faustino Aliaga, acompañado de sus hijos: Guacolda y Fernando. Ambos eran hábiles pescadores. Nacidos en la ribera de la laguna, no

habían podido escapar, aunque se lo hubieran propuesto, a su mudo y poderoso llamado que los invitaba con su verde sortilegio a buscar en sus aguas la pesca abundante y la satisfacción de hendir su tersa superficie con los poderosos golpes de sus remos.

Cahuil, pequeño caserío colchagüino, yergue su solitaria existencia frente al embrujo de la laguna que semeja un inmenso y maravilloso río que se interna por entre los cerros como una audaz prolongación del mar hacia la tierra. Y allí, en ese paisaje de bruñido cristal en el verano y de espesas nieblas invernales, Guacolda, veloz y peligrosa, perseguía al destino en el laberinto de sus sueños. Grandes y hermosos eran los ojos de Guacolda. Fresca y sensual su boca roja y tentadora. Recta y delicada su nariz proletaria. Y su pelo—ensortijada cascada de azabache—descendía por su espalda y se agitaba como una banderola femenina cuando el viento del océano cercano atravesaba la laguna y sacudía las polvorientas calles de Cahuil con sus manos invisibles. Y sus senos erguíanse como dos ocultas promesas de íntimas ternuras. Y sus nalgas, duras y ondulantes, eran un lujurioso llamado a los órganos masculinos. No era extraño, entonces, que Basilio Díaz, pescador de Cahuil, sintiérase atraído por la turbadora belleza de Guacolda. Y como ocasiones no faltaran, mientras padre e hijo pescaban lisas en la noche, cuando la masa de aguas semejaba un mar de tinta sin riberas, Basilio acudía al rancho de Guacolda para repetirle sus palabras de amor, con la tenaz

eficacia del herrero. Y Basilio también era guapo. Hermoso tipo de criollo, con nocturnos ojos de gitano y voz melosa e insinuante que conocía la sabiduría de las palabras para abrir los corazones femeninos. Ambos se amaron a su manera, sin grandes resistencias de parte de ella y sin falsas promesas de parte de él, ajenos a la vida cotidiana que los rodeaba con sórdida realidad.

Pero el amor no puede disfrutarse impunemente. Pronto Guacolda tuvo la certeza del hijo futuro. Y aquel fué un brusco despertar de la falta cometida, de su entrega total, de su fatal dependencia del hombre que amaba y que ahora parecía alejarse de su lado, satisfechos sus instintos, saciado su apetito. Cuando confesó sus sospechas a su amante, el hombre arrugó el ceño, mostróse rudo y grosero, y le aseguró que él nada podía hacer y nada tenía que ver con aquel hijo que se forjaba silenciosamente en el vientre fecundo de la muchacha.

Empezó el otoño. Una niebla espesa, barrida por el viento norte, avanzaba desde el océano semejante a un gigantesco incendio sin llamas, cruzaba la laguna, trepaba por las colinas áridas, cubiertas de cardos y de cactus, y proseguía su marcha silenciosa, tierra adentro, conduciendo el húmedo mensaje del mar que rugía en los arrecifes de la costa cercana. Por las noches, cuatro pequeños faroles luchaban con la niebla espesa, formando un halo luminoso en el pecho de las sombras. Cahuil, dormido en el silencio, parecía descansar, ajeno a todo dolor o desamparo. Sin embargo,

en el duro jergón de un lecho, una mujer lloraba en silencio, mordiendo sus sollozos, ocultando su desesperación. Con los ojos abiertos, escrutando la negra cavidad del rancho, dolíase de su infortunio. Comprendía que Basilio ya no la amaba y acusábase de torpe e imprudente. ¡Pero lo había amado tanto, lo quería todavía tanto, con todas las fuerzas de su corazón adolescente, con toda la suave y tierna vitalidad de su sangre virgen. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Confesar la culpa a su padre? No la comprendería. Podría pegarle, castigarla, expulsarla de la casa. Haría una última tentativa para retener a Basilio. Quizás si no era tan malo como lo suponía y podría tener un gesto generoso: casarse con ella. Aquel era un hermoso sueño de mujer: tener un pequeño hogar para ellos, para vivir solos, disfrutando de su cariño y del hijo que se nutría en el claustro de su ser.

Pensando en esas cosas, el sueño—duende descalzo y compasivo—se posó sobre los grandes ojos de la muchacha y la arrancó de la realidad para conducirla a las profundas y silenciosas galerías del descanso. Y en sueños vióse al lado de Basilio, apoyada en su brazo robusto, caminando a lo largo de una playa extensa, dilatada, que jamás había conocido. Escuchaba nítidamente el rugido del mar y las olas llegaban hasta sus pies, arrastrándose, alargando sus heladas lenguas hacia la costa. De pronto el suelo perdía su placidez y Guacolda sentíase hundir en la arena blanda, como si la tierra la atrajera hacia su seno, y cuando quiso co-

gerse del brazo de Basilio, notó que éste había desaparecido, que estaba sola, hundiéndose cada vez más en la horrenda voracidad de la arena. Despertó agitada, con los ojos llorosos, temblorosa, roída por el temor y el desaliento. Fué un sueño hermoso y extraño, dulce y amargo como la vida misma. Mientras tanto, las profundas respiraciones del padre y de su hermano hablaban del cansancio de músculos vigorosos que recogían en el corazón de la noche fragante las fuerzas necesarias para continuar las faenas cotidianas.

Los días transcurrieron lentos, iguales, monótonos, conduciéndola a la desesperación, ubicándola hacia los turbios sótanos de las noches desveladas. Al encontrarse con su amante lo miró profundamente a los ojos, tratando de encontrar en ellos la verdad de sus intenciones, para arrancarle una promesa que la liberara de su angustia. Pero nada pudo conseguir. Basilio era egoísta, grosero, duro, brutal. Se burló de sus pretensiones. ¿El, casarse? No lo había pensado nunca. El hombre casado se embroma. Era un macho libre y no quería cadenas femeninas. Además, toda su fortuna consistía en un bote. Y eso, naturalmente, no era mucho. Por otra parte, él se iba a Pichilemu dentro de cinco días. Estaba aburrido de Cahuil y de la pesca. Se dedicaría a los negocios. Abriría un boliche. Tal vez una cantina. Cualquier cosa. Ella no debía pensar en retenerlo. Su decisión estaba tomada.

Guacolda lo escuchó resignada, con los ojos secos. Muda, sumisa, su boca no se manchó con un reproche

y una oculta energía la defendió de la humillación de rogar a su amante. Pero por las noches, cuando estaba sola, alejada de las miradas ajenas, lloraba silenciosamente, desgarradoramente, como sólo pueden llorar las mujeres abandonadas.

Al quinto día, Basilio partió para Pichilemu sin despedirse. Quiso evitarse la escena desagradable de ver llorar a una mujer. No le gustaban las sensiblerías. Era un macho rudo, criado en el rigor, saturado de mar, que consideraba pueril condolerse de las miserias o del dolor ajenos. Y aquella misma noche, Guacolda, desesperada, confesó su pecado.

—Taita, voy a tener un hijo.

El viejo la miró con estupor, y luego, reaccionando, impulsado por un invisible y potente resorte, lanzóse contra la muchacha poseído de un furor homicida que nublabá su conciencia. Cuando recobró la serenidad, vió a su hija derrumbada, sollozando, semejante a un animalillo indefenso. Y sintió pena, dolor, humillación, vergüenza de sí mismo y vergüenza por la hija mancillada.

Poco a poco, con lentos movimientos de bestia herida, Guacolda se incorporó, se enjugó la sangre de los labios tumefactos, limpió sus ojos llorosos con el dorso de su mano temblorosa, y permaneció inmóvil en mitad de la pieza iluminada por una lámpara de carburo. Su hermano la contemplaba con odio. Al verlo, tenía la certeza que de un momento a otro saltaría sobre la muchacha y la destrozaría a puñetazos. Guacolda sintió

aquella mirada salvaje y continuó muda, inmóvil, sin atreverse a cruzar el umbral de la puerta que miraba hacia el camino. Aquello duró un minuto. Un silencio denso, doloroso, de odio fundido al rojo, resbalaba por las paredes del rancho, aullaba en las pupilas y enmudecía en los labios contraídos por el rencor. A lo lejos, algunos treiles asustados graznaron quejumbrosamente, rompiendo el silencio de la noche. La mirada de odio de su hermano se acentuó por momentos. De improviso, poseída de una locura temerosa, Guacolda cruzó de un salto el umbral de la puerta, lanzó un grito horrible y echó a correr hacia los «cuarteles» de las salinas. Padre e hijo la sintieron correr desesperadamente a través de la noche. El cuerpo del muchacho giró hacia el hueco de la puerta.

—Déjala—gruñó el padre con voz de viento encadenado. Ya volverá.

Y ambos, sin mirarse, buscaron refugio en el interior del rancho. Pero Guacolda no regresó aquella noche. Ni al día siguiente. Ni en el resto de la semana. Los días y las noches sucedíanse con terrible angustia para abrir un abismo de dudas desde el momento de la partida de la muchacha hasta el preciso instante de la espera. Siete días más tarde, un pescador encontró el cadáver en la cercanía del rancho de Faustino. Un oscuro remordimiento estrangulaba el corazón del viejo. Nunca imaginó que Guacolda fuera a morir. Y él había sido demasiado duro al castigarla. Jamás le había pegado. Pero aquel día perdió la cabeza. Dios

sabía que aquella noche estaba loco de dolor y humillación. Y ahora ¿qué hacer? ¿Matar a Basilio? ¿Cometer otro crimen? No. Era preferible dejarlo vivir para que también sufriera, que pagara su culpa, que expiara su delito. Lo mejor era embrujarlo. Que toda su vida viviera mordido por los remordimientos.

Tomada su decisión, una mañana llamó a la puerta de la bruja Mercedes. La mujer lo recibió fría y fríamente, siguiendo su costumbre. Era una vieja desgredada, de ojos inquisidores, gesto duro y voz áspera, que se imponía desde el primer momento a sus visitantes.

—Ya sé a lo que vienes—dijo al viejo Faustino. Pasa. Siéntate en ese piso mientras voy a consultar las cartas. Te estaba esperando.

El cuarto era sórdido. Olía a mugre, a humedad, a estiércol de aves. Sobre una mesa pequeña veíanse algunas piedras de formas extrañas que la bruja gustaba de exponer a la vista de sus clientes para impresionarlos; más allá, en un rincón, había un esquinero pringoso, repleto de yerbas, y colgando del techo negro de hollín, una lechuza torpemente embalsamada ponía una nota de misterioso ambiente al sórdido cubil de la bruja Mercedes. A los pocos momentos reaparecía la anciana trayendo entre sus manos rugosas dos pequeñas piedras verdes, que alargó a su cliente con gesto protector:

—Guárdelas—dijo Son «contras». Por si quieren hacerle daño.

—Usted me viene a ver por el asunto de Basilio, ¿no es cierto?—indagó la vieja con calculadora intención, adoptando un aire rigurosamente serio que la defendía de la posible desconfianza de sus clientes. El viejo afirmó con un lento movimiento de su cabeza blanca y acongojada. Entonces la bruja habló lentamente, alargando las palabras, mirándose las manos.

Lo mejor es embrujarle el bote. Así no podrá trabajar. La pesca le resultará siempre mala. Se pudrirá en la mugre y en la miseria. Caro pagará la desgracia de la Collita. Mire, óigame bien lo que le voy a decir. Váyase de noche a Pichilemu, ahora que no hay luna. Al pasar frente a «La mujer desnuda» recoja un puñado de tierra con la mano izquierda y no la suelte en todo el camino. Cuando encuentre el bote de Basilio, échele la tierra en la proa, después orine en la arena, recoge un puñado y lo refriega en la quilla, repitiendo dos veces seguidas estas palabras: «Con agua de mi cuerpo estás maldito». No se olvide: «Con agua de mi cuerpo estás maldito». Nada más. Si repite tres veces echa a perder el maleficio. Mientras tanto, yo preparo el mixto del embrujo.

Aquella misma noche el viejo Faustino se dirigió a Pichilemu. Jadeando en las subidas, tropezando en las piedras, alumbrado por las estrellas altas, avanzaba poseído por una fuerza extraña y profunda que emanaba de su venganza. Nunca habría recorrido las tres leguas que lo separaban de Pichilemu, a pie y a media noche, si no hubiera estado poseído por ese ciego y sor-

do rencor que le quemaba el pecho. A su paso, algunos perros saltaban al camino, erizados los pelos del lomo, rabiosos, gruñendo amenazadores ante aquella sombra ambulante que marchaba decidida en mitad de la noche de otoño. A trechos, a la orilla del camino, los gigantescos eucaliptus impregnaban el aire con sus resinas aromáticas y los pinos ululantes erguíanse firmes contra el viento de la costa que traía desde el mar el sordo rumor de la resaca.

Marchaba apresurado, cuando una sombra, como un trasgo fugitivo, cruzó el camino sin que se percibieran sus pasos sigilosos. El corazón del viejo dió un vuelco y aceleró su marcha. Un sudor frío inundó su espalda y se avergonzó de su cobardía. El miedo era algo imposible de evitar. Sin embargo, pronto se repuso. Hombre, bestia, trasgo, sombra o visión óptica—lo que fuese—no le impediría llegar a su destino. Y continuó la marcha con la mano derecha apoyada sobre el mango de su puñal. Después de un rato, un largo aullido, llanto de perro abandonado, horadó el corazón del silencio y se perdió en la inmensidad de la noche, enredándose en las altas copas de los árboles, vacilando en las hondonadas.

Cuando calculó que estaba frente a «La mujer desnuda»—burda imagen femenina tallada a la orilla del camino por las heladas manos de la lluvia—Faustino recogió un puñado de tierra roja con la mano izquierda. Al hacerlo, tuvo la impresión de haber cogido el destino para variar la ruta de la vida de un hombre.

Ahora parecía que ya estaba cerca de la venganza, pisando las fronteras del infortunio de su enemigo, y una ancha sonrisa de satisfacción iluminó su rostro ceñudo, apenas visible por la coipa de lana que cubría su cabeza.

El cansancio, poco a poco, sutilmente, comenzaba a socavar la ciega resistencia del viejo, cuando el amanecer de aluminio le mostró la extensa playa de Pichilemu, que se abre como un inmenso abanico en el horizonte, mirada desde las colinas que la circundan. En la distancia, el faro de «Topocalma», al otro lado de la bahía, le hacía guiños de complicidad, instándolo a cumplir el rito del embrujo. El pueblo, silencioso, vacío, parecía un lugar desierto, abandonado por sus habitantes, derrotado por la húmeda presencia del invierno cercano.

Atravesó varias callejuelas sombrías, quebrando con sus pasos el tranquilo sueño de la aldea arrullada por el mar. Pronto llegó a la playa. Sus pies se hundían en la arena blanda, retardando su marcha, postergando el momento de su venganza. El mar, inquieto, rugía en la playa, arrojándose de bruces sobre la tierra, embistiéndola sin cansancio, repitiéndole el ritmo de su empuje con la simple tenacidad de las cosas eternas. Las olas, emergiendo de las sombras, adornadas de líquidos encajes, reventaban con estruendo, alargando sus lenguas frías hacia la playa para lamer los flancos de los botes abandonados a lo largo de la bahía.

Anhelante, aguzando la vista, con el corazón palpitante de ansiedad, el viejo buscó afaosamente el bote de Basilio. Lo conocía bien. Era inconfundible, con su casco blanco y la ancha franja verde que lo circundaba más arriba de la línea de flotación. Pero el amanecer turbio y lechoso apenas le permitía distinguir los colores. Sin embargo, después de algunas tentativas frustradas, pudo leer en la proa de un bote el nombre inconfundible: «Anita». Aquella era la embarcación de Basilio. Sin premura, cumpliendo el rito del sortilegio a conciencia, restregó el puñado de tierra roja en la proa, en seguida orinó en la arena, recogió un puñado y lo frotó con fuerza en la quilla, mientras murmuraba las palabras fatales:

—Con agua de mi cuerpo estás maldito. Con agua de mi cuerpo estás maldito.

Eso era todo. Ahora estaba tranquilo. Pensó en Guacolda sin pena ni remordimientos, porque ya estaba vengada. Sus rasgos no delataban ninguna animosidad, ningún rastro de odio. Tranquilo, sacudió sus manos de los restos de polvo y arena que las manchaban, mientras su alma, liberada de rencor mediante el sortilegio, se asomaba muda, anda y serena, en la parda luminosidad de sus pupilas. En aquel momento la acorada lámina del mar se bruñía débilmente, como si una mano gigantesca lo arrancara de las tinieblas. Era el débil sol de otoño que se asomaba más allá de las colinas y cordilleras, más allá de las pampas y océanos, donde el horizonte ahoga todas sus ansias de infinito.

* * *

Cuando Basilio supo la muerte de Guacolda se encogió de hombros con un gesto cínico que le era habitual para demostrar indiferencia. ¿Qué culpa tenía él de lo sucedido? Ninguna—respondíase a sí mismo. Cada cual sabe lo que hace y lo que le conviene. Sus razonamientos eran una mezcla de torpe filosofía y de atávico fatalismo frente a la vida y a la muerte. Alguien le participó que Fernando, el hermano de la difunta, había jurado matarlo. Recibió la noticia con una sonrisa fría y amenazante como la hoja de un puñal, mientras dejaba caer su único comentario:

—Que haga la prueba si es hombre. Yo no soy zunco tampoco.

Y la vida aldeana continuó su curso. Los pescadores salían mar afuera con sus redes vacías para regresar con la pesca fragante a fauna marítima, a primitivo germen de vida animal; las mujeres cocinaban, lavaban y zurcían mientras aguardaban el regreso de sus maridos o hermanos; los niños chillaban persiguiendo a las gaviotas y el viento—viajero impenitente—continuaba aullando sobre el bosque de pinos que trepaba por las suaves laderas de la colina.

Basilio, como de costumbre, salió a pescar en compañía de su hermano menor. Con vigoroso esfuerzo salvaron las primeras rompientes haciendo trepar el bote sobre el poderoso lomo de las olas, y luego hicieron rumbo a alta mar, donde la pesca era más abundante.

Basilio, mientras empuñaba los remos, canturreaba una vieja tonada campesina aprendida de los labios de su abuelo, allá en las riberas de la laguna de Cahuil, cuando su adolescencia empezaba a desbordar los cauces de su ansiedad marinera.

La noche cayó sobre el mar y una especie de niebla baja humedeció los rostros de los pescadores.

—Tupida está la ñebla—rezongó Braulio, el hermano menor de Basilio, mientras arrojaba los espineles por la borda, con la certera precisión de un ciego en aquella atmósfera de pesadilla. El mar agitóse y podía escucharse claramente su rugido por las rompientes de la costa. Al amanecer, el bote regresó a la playa casi vacío. Apenas algunas despreciables «viejas» habían caído en la trampa. Malhumorados, con un tajo de disgusto en mitad de la frente, los hermanos se negaron a comentar el resultado de su pesca. El padre los observó asombrado. Aquella era la primera vez que sus hijos regresaban con las manos vacías. Mudo, loco, tragándose las blasfemias, quiso escrutar en sus ojos la causa de aquel fracaso y sólo encontró miradas huidizas y prontas a la disputa. Los hermanos mirábanse perplejos, irritados por aquel fracaso que no sabían a qué atribuir. Durante todo el día el mal humor puso un torcido gesto en sus miradas y embruteció sus actos, repartiendo puntapiés a los quiltros que merodeaban cerca del rancho, husmeando alguna carroña para su hambre cotidiana.

Mientras esperaban el momento de hacerse a la mar, arreglaron los espineles, poniendo toda su atención y su experiencia en la colocación de carnadas de jibias frescas. No querían volver a fracasar. El amor propio, cosquilleándole los nervios, los impulsaba a prever todos los detalles que podían influenciar el éxito de la empresa. Al anochecer volvieron al mar decididos, tercos, silenciosos. Negros nubarrones amenazaban lluvia, rodando vertiginosamente hacia el sur. La noche era un enigma alzado sobre la empírica esperanza de los pescadores que lanzaron los espineles y permanecieron largo rato a la expectativa, presintiendo que la suerte estaba con ellos, a bordo de sus zozobras, como un invisible tripulante presidiendo su destino.

Pero sucedió algo imprevisto. De repente, como si reventaran las venas del cielo, empezó a llover torrencialmente. Era un diluvio compacto, sin descanso, que caló a los hombres y amenazaba a la embarcación. El mar grueso, iracundo, hacía danzar el bote, estremeciéndolo, presionando sus costados, amenazando tumbarlo en el torbellino de olas. Había que empuñar los remos sin tardanza y tratar de volver a tierra antes de que fuera demasiado tarde. ¿La pesca? ¡Que se la llevara el diablo! Recogieron la «veta», pero el esfuerzo apresurado hizo que las cuerdas se cortaran y todo el cargamento de peces volvió al seno amargo del mar.

Cuando alcanzaron la playa, exhaustos, calados por la lluvia y mordidos por la exasperación, constataron con desaliento que Juvenal y Ricardo, pescadores como

ellos, tenían el bote repleto de peces. Entonces sintieron odio hacia sí mismos, hacia su mala suerte, hacia el mar traicionero. Pero nada dijeron. ¿Para qué hablar cuando los hechos y los ademanes eran tan evidentes para demostrar la amargura y el rencor que germinaban en los surcos de su corazón?

A la sexta noche fracasada, desesperados, impulsados por una ciega y temeraria decisión, salieron a alta mar, remando taimadamente, alejándose más y más de la costa, huyendo de su mala estrella. Remaban en silencio, como dos solitarios galeotes, azotados por el viento norte que soplabá con fuerza rizando la superficie del mar. A ratos, desgarrábase el cielo y aparecían algunas estrellas altas que pronto eran ocultadas por el tembloroso velo de la niebla. El tiempo pasaba y ellos permanecían aferrados a los remos, tenaces, mudos, huraños, poseídos por un extraño maleficio. Querían encontrar derroteros inéditos para obtener éxito en la pesca. No era posible que una vez más regresaran a casa del padre anciano con las manos vacías. La miseria ya empezaba a rondar el rancho y por toda la playa era conocida la mala estrella de los hijos del viejo Olegario Cornejo, que en su juventud había sido un robusto y decidido pescador que conocía todas las asechanzas, las veleidades y peligros del mar.

Nadie supo nunca lo que ocurrió en alta mar a los hermanos Cornejo. Lo cierto es que el bote, intacto, amaneció dos días más tarde, blandamente encallado en la arena de la playa de Pichilemu. El padre, sin

lágrimas ni palabras vanas, se reveló ante el infortunio y decidió dedicarse a la pesca como lo había hecho en su lejana juventud. Hervía en su sangre anciana el llamado del mar, su orgullo de pescador, su arisca actitud de potro sin domar, que no se deja vencer por los golpes de la vida y que mantiene en el fondo de su corazón la llama de la esperanza, semejante a una baliza para alumbrar la noche de los barcos.

Los primeros días el viejo Olegario tuvo éxito. Volvía a la playa, hosco, taciturno, silencioso, con su cargamento de peces. Sólo su mujer lograba arrancarle algunas palabras emitidas con voz ronca, colérica, angustiada. El retorno al mar abría cauce a sus últimas energías. Pero el destino ya lo había escogido como víctima en la maravillosa ronda de astros que acribillaban el cielo en las noches serenas y definían el curso de la vida y determinaban la muerte de los hombres de mar. Y una mañana, los tripulantes de los botes pesqueros se extrañaron de que la «Anita» permaneciera inmóvil en la bahía, sin que fuera posible percibir a su tripulante. Al abordar la embarcación, pudieron percatarse que el viejo Olegario estaba muerto, con la mano derecha aferrada a la chumacera, delatando su última actitud de esfuerzo.

—¡Pobre viejo—murmuró un pescador joven. Eso fué todo el comentario. Y amarrando una espía a la proa, remolcaron el bote con el cadáver del anciano. En aquel momento, una bandada de gaviotas—tránsito

de luz y sombra sobre el azul plácido del cielo—cruzó el aire en dirección a la Puntilla.

Desde entonces, la «Anita» permaneció tumbada sobre la playa, abandonada, sirviendo de albergue a los perros vagabundos, semejando la gigantesca concha de un molusco. El viejo no tenía herederos y nadie parecía ambicionar la posesión de aquel bote marcado por la fatalidad. Su mujer se fué tierra adentro, a Cardonal, huyendo del océano despiadado.

Con la llegada de la primavera las colinas comenzaron a cambiar su árida y roja corteza por un ondulante manto verde de trigales y alfilerillos. De toda la tierra parecía elevarse un fresco hálito de vida que ennoblecía el paisaje con su presencia de hembra fecundada. Fué entonces cuando Fernando, el hermano de Guacolda, deseó ir a Playa Hermosa. Pero no disponía de embarcación y los pescadores no tenían interés por perder el tiempo en aquel paseo improductivo. Alguien le sugirió la solución:

—¿Por qué no vas en la «Anita»?

—De veras. No se me había ocurrido.

Y después de largo tiempo de reposo, la «Anita» volvió a surcar el mar con gallarda simpleza. Fernando, vigoroso y habituado al remo, mantenía la embarcación a una velocidad casi invariable, delatando el esfuerzo de sus músculos en las gotitas de sudor que empezaban a cubrir su amplia frente morena. El mar, rodeándolo, era una maravillosa pradera suavemente

rizada por el viento sur. El cielo, claro, celeste, lavado, semejaba una inmensa pupila azul de los ojos de Dios. El embrujo de la primavera estaba en todas partes: en el mar, en la tierra, en el aire, en el cielo. Y también en el corazón de los hombres. Y en el alma de las mujeres. Y en las pupilas puras de los niños. Los aldeanos eran más amables, las mujeres más complacientes y los niños más alegres.

Fernando, confiado, no observó a tiempo que el bote hacía agua. Largos meses de abandono habían resecaado la madera del fondo, donde se abrieron grietas que dieron paso al agua homicida. Fueron inútiles los esfuerzos por alcanzar la playa. El bote, poco a poco, hundiéndose, derivó hacia las rocas. El muchacho, desesperado, pretendió alcanzar la playa a nado, pero sólo consiguió destrozarse en los arrecifes más próximos.

Al recibir la noticia, el viejo Faustino sintió en lo más íntimo de su cuerpo los fieros latigazos de la desesperación. Pero nada dijo. Mudo, interrogaba al grupo con los ojos. Alguien, mejor informado, díjole que la embarcación había sido traída a remolque hasta la playa para repararla. El viejo, de súbito, tuvo la certeza de su culpa. El era el único culpable. El había hecho embrujar el bote de Basilio. El había asistido, imperturbable, a la muerte de Olegario y de sus dos hijos, y él había, por último, permitido que mucha gente ocupara el bote maldito a riesgo de perder sus vidas, temeroso de asumir una actitud que delatara

su venganza. Y este era el castigo del destino, el dedo de Dios puesto sobre su corazón.

—Yo lo he matado—murmuró en dolorosa confesión.

Los que lo escuchaban lo creyeron loco, trastornado por el dolor. Pero el viejo Faustino hablaba cuerda-mente. En seguida cogió un hacha y con paso decidido se dirigió hacia la playa. Allí, tumbada, estaba la «Anita». El viejo levantó el arma y de un certero golpe en mitad de la quilla que miraba al cielo profundamente añil, destrozó al bote maldito.

Y frente al mar, dolorosamente solo, mordido por la congoja, sintió que su corazón sangraba por la muerte de todos los tripulantes del bote embrujado.